

Los primeros atentados

En el archivo de los benedictinos de Lazkao se conserva la copia de una carta que ETA envió el 10 de diciembre de 1963 al presidente de la Diputación Foral de Navarra. Apenas habían pasado tres semanas del asesinato de **John F. Kennedy** en Dallas y el mundo contenía la respiración mientras se reorganizaban las piezas sobre el tablero ya dividido por el Muro de Berlín. De todos modos, la misiva de ETA planteaba una geografía mucho más reducida: “El camino de Nabarra [sic] no es la adhesión a España sino la unión al movimiento patriótico de liberación de Euzkadi”, se puede leer en aquel texto que quizá nunca llegó a la planta noble del Palacio de Navarra.

El colectivo que lo firmaba no era aún muy conocido: había nacido en 1958 a partir de otro grupo llamado Ekin que desde 1952 trató de agitar el ambiente universitario de Bilbao con charlas, reuniones y una sencilla revista. El idealismo y el arrojo de los jóvenes de Ekin llamaron la atención de algunos miembros de EGI (Euzko Gaztedi Indarra, las juventudes del PNV), y unos y otros ensayaron una organización conjunta de la que después de algunas desavenencias acabó surgiendo ETA. En uno de sus primeros boletines internos, ETA resumió su planteamiento y sus aspiraciones en unos términos inspirados tanto en algunas guerrillas latinoamericanas como en la ofensiva descolonizadora de África: “Cuando los pueblos están invadidos, sus derechos hollados, sus libertades aniquiladas, y su supervivencia en peligro, los pueblos que no son imbéciles se unen y crean la Resistencia Nacional. Todos los países de Europa, cuando fueron invadidos por Hitler, pensaron en la necesidad de esa resistencia y la hicieron realidad. Euzkadi [sic] no puede ser una excepción. Hoy es la hora de la Resistencia Vasca, de la unión de todos los patriotas vascos”. Navarra también formaba parte de ese plan.

ETA perpetró su primera acción violenta el 12 de enero de 1959. Ese día colocó tres artefactos caseros en otros tantos objetivos considerados “simbólicos”: el Gobierno Civil de Álava (“como representación del Estado español”); una comisaría de Policía de Bilbao (“como representación de la represión”); y el diario *Alerta* —de la cadena de prensa del Movimiento—, en Santander (“como representación del enemigo ideológico”). El sabotaje más relevante de aquellos primeros años lo llevó a cabo el 18 de julio de 1961 al tratar de descarrilar un tren repleto de excombatientes de la Guerra Civil que se dirigía a San Sebastián. Varios activistas quitaron algunos tirafondos de la vía y soltaron las bridas que unían los raíles. Sin embargo, el ferrocarril completó el viaje previsto sin excesivas complicaciones.

A pesar de la carta citada, el primer nombre “oficial” de ETA en la Comunidad Foral fue Iratxe. Así se llamó el panfleto clandestino que se distribuyó en los años sesenta en portales y buzones de Pamplona, Estella y Olite, y con esa firma se reivindicó el

atentado que sobresaltó a algunos vecinos del Segundo Ensanche la madrugada del 22 de diciembre de 1964. Es verdad que un año antes la explosión de tres cartuchos de dinamita había destrozado el interior de un vagón de tren estacionado en Alsasua, y que la Guardia Civil atribuyó a ETA lo ocurrido, pero fue Iratxe quien se arrogó un protagonismo mayor a base de pintadas y panfletos. El grupo, según se explicaba en uno de aquellos mensajes reproducidos en ciclostil, lo formaban algunos “patriotas navarros dispuestos a toda clase de sacrificios para liberar a su pueblo”. Pero su trayectoria fue breve: en el boletín fechado el 15 de enero 1965 anunciaron que se integraban en ETA: “La coincidencia total de puntos de vista nos ha llevado a decidir la fusión total de los dos movimientos. Navarra está hoy, efectivamente, en igualdad total de situación frente a España y Francia con el resto del pueblo vasco. No cabe llevar ya tácticas distintas. La lucha por la libertad de Navarra no es sino la lucha de todo el Pueblo Vasco por su libertad”.

Pronto se fue revelando en qué iba a consistir esa “lucha” a la que apelaban, y el sobresalto causado por el artefacto del Monumento a los Caídos tuvo su continuidad en otros atentados cada vez más graves y frecuentes. El 8 de marzo de 1972, de madrugada, una bomba destrozó la estatua que recuerda al duque de Ahumada en la avenida de Galicia, junto a la Comandancia de la Guardia Civil. En el comunicado que hicieron público a continuación, los autores advertían que estaban dispuestos a mantener la lucha “hasta las últimas consecuencias” y amenazaban de muerte a los miembros de la Benemérita: “Que los que sirven a esta bandera mediten en las consecuencias de la nefasta labor de opresión que realizan sobre el Pueblo Trabajador Vasco y opten por abandonar o ser ellos mismos dinamitados”. El 28 de junio de 1972, a las 17.15 horas, una bomba colocada en el automóvil del secretario del Gobierno Civil estremeció el centro de la capital navarra. El coche se encontraba aparcado en la avenida General Franco —la actual Baja Navarra— y la onda expansiva causó heridas a algunos transeúntes, un hecho entonces novedoso, pero que acabaría convirtiéndose en otra de las señas de identidad de ETA.

Ninguna frontera moral les detuvo. El 16 de enero de 1973 secuestraron a **Felipe Huarte Beaumont**, hijo de **Félix Huarte**, el empresario que había hecho posible el desarrollo industrial de Navarra. Para liberarlo, exigieron un rescate de 50 millones de pesetas —una cantidad enorme en aquella época— y que se aceptasen las reclamaciones laborales de los empleados de Torfinasa, compañía de la que el secuestrado era gerente.

Hubo más explosiones y más amenazas y más atracos, también cuando **Franco** ya había muerto y el país reestrenaba el paisaje de la democracia. Era sólo cuestión de tiempo que empezasen a liquidar físicamente a quienes estorbaban su proyecto totalitario.